

**Apuntes de un corto viaje de La Plata a Córdoba  
por el doctor Max Birabén**

El 23 de enero emprendí, saliendo de La Plata, una excursión que comprendió buena parte del centro del país. Mi propósito manifestado en nota de fecha 23 de diciembre de 1936, era recorrer el norte de la provincia de Buenos Aires, sur de Santa Fe y centro de Córdoba, utilizando para ello el vehículo que hiciera construir especialmente en oportunidad del anterior viaje, realizado alrededor del territorio de Santa Cruz. El medio de locomoción elegido, significaba la necesidad del camino accesible y por ello hice mi itinerario de acuerdo a la bondad de ellos y teniendo muy en cuenta el interés que de largo tiempo me tiene empeñado de reunir y estudiar la microfauna de agua dulce de la Argentina. Pero la región a recorrer presentaba el gran inconveniente de ser toda ella zona de intensos cultivos, lo que

limitaba un tanto el interés que bajo algunos aspectos podía presentar esta excursión. Sin embargo el propósito primordial podría verse cumplido, pues me sería posible llegar hasta algunas lagunas comprendidas en el itinerario, además de poder recoger muestras de plancton en los ríos, arroyos y en todo embalse natural o artificial que se hallara próximo a la ruta.

En la primera jornada, pasé por Luján y dejando el buen camino pavimentado me orienté en dirección a Mercedes. Al día siguiente crucé por Chivilcoy. Un calor sofocante, intensificado por la falta de todo reparo, volvían penosa la marcha y las detenciones necesarias para reunir algún material, aumentaban aún el malestar. Después de pasar por Chacabuco, al anoecer llegué a Junín, luego de soportar un muy mal trecho de camino terraplenado sobre terrenos bajos.

Junín tiene el singular interés de poseer tres grandes lagunas, las llamadas del Carpincho, Gómez y Mar Chiquita, que constituyen parte de la cuenca superior del río Salado. Deseaba conocerlas al objeto de obtener muestras de su microfauna y por ello quedé algún tiempo en esa zona, teniendo oportunidad de ver satisfechos mis deseos, al hacer una muy productiva cosecha. Fueron primeramente visitadas las lagunas del Carpincho y Gómez, esta última la más accesible desde Junín.

Hermosa laguna la de Gómez; su playa firme de arena y poca tierra, permite penetrar con seguridad en ella. Sus aguas transparentes, de tinte ligeramente rojizo, de gusto un tanto desagradable, albergan mucha vida, ya que un muy rico plancton en que predominan cladóceros, copépodos y rotíferos, es retenido por las redes especiales. Sorprende también la cantidad de *Jenynsia lineata*, el interesante pequeño pez vivíparo, que prospera en medio de ese caldo nutritivo. Dicen que abunda el pejerrey, pero de un tamaño que no alcanza los 20 centímetros; parece que la pesca irracional que se ha hecho ha significado la desaparición de las formas más grandes y me refieren que también abundaba un bagre, pero que no lo volvieron a ver después de una enfermedad que los diezmo el año anterior.

Hay que regresar a Junín, y dirigirse hacia Agustina, 20 kilómetros al noroeste, para poder tener acceso a la gran laguna llamada Mar Chiquita. Y ese acceso por ahí tampoco es fácil, por la ausencia de caminos directos; se hace así necesario pasar por alguna propiedad, lo que implica cierto inconveniente. La laguna es enorme, de piso firme de tierra arenosa, con un pequeño espesor de limo, de aguas turbias y con igual sabor desagradable que la de Gómez. Pequeños montículos de tosca afloran en su orilla. Después de tomarse las necesarias muestras de su plancton, cazar diversos insectos, etc., esa misma tarde dejé la laguna y seguí viaje rumbo a General Arenales, por una espléndida carretera de tierra, ya entrada la noche.

Al día siguiente emprendí la marcha hacia Teodolina, en procura de la laguna del Chañar, a la que se llega antes de alcanzar aquella población. El camino polvoriento y el calor sofocante, significaron un muy serio inconveniente; el motor recalentado, obligaba a continuas detenciones y así muy

lentamente, llegué a la laguna que por cierto no merecía tantos malos ratos. Su caudal había disminuído mucho, resultaba difícil alcanzar hasta su orilla por lo cenagoso del terreno y fué materialmente imposible pasar la red por la pobre capa de agua, para procurar recoger muestras de su plancton. Fué ése un día lamentablemente perdido.

Desandando lo andado me orienté hacia el norte y antes de alcanzar la población de Colón, próxima al límite con la provincia de Santa Fe, doble hacia Weelwright, localidad ya perteneciente a esta última provincia. Era mi propósito recorrer la zona comprendida entre San Urbano y Venado Tuerto, zona rica en lagunas de cuya microfauna deseaba tener representantes. Mi propósito se vió ampliamente favorecido y el caso de la laguna del Chañar no volvió a repetirse.

En San Urbano hay una enorme laguna, Melincué, que está significando para ese pueblo un muy serio problema, pues sus aguas, de hace muy pocos años a esta parte, avanzan sobre la población, habiendo dejado ya a muchas viviendas en parte sumergidas. No he podido tener explicación sobre las circunstancias determinantes del curioso como peligroso fenómeno; muchas hectáreas de campo, antes bien aprovechado, están ahora cubiertas por las aguas. Un hotel de tres plantas, construído no ha mucho en una lengua de tierra que penetraba en la laguna, vino a quedar hacen dos años, ubicado en una isla, a la que necesariamente había que llegar con embarcaciones, lo que era motivo de fiesta y distracción; pero, en el momento de mi paso, las aguas que seguían aumentando, habían ya invadido la planta baja, deteriorando naturalmente las costosas instalaciones de aquel hotel que era orgullo de toda la zona.

Muy viejos pobladores recuerdan que en un tiempo la laguna podía pasarse de a pie y que hacen unos 25 años, sin inconvenientes se la cruzaba a caballo. Ponderan los mismos la profundidad que actualmente tiene, dándose muy diversas e indudablemente exageradas versiones a ese respecto.

De San Urbano me dirigí a Firmat, pasando por Cora y de allí lo hice en dirección a San José de la Esquina. Mal camino me tocó en ese trecho, y sobre todo malo para proseguirlo de noche, de modo que hube de acampar en un lugar más o menos reparado, pero en el cual los mosquitos fueron insoportables. La mañana siguiente proseguí hacia San José de la Esquina, muy vieja población santafesina, luego de alcanzada la cual y en demanda del camino afirmado de Rosario a Córdoba, crucé por San Ricardo y Eloisa, hasta Armstrong, sobre esa importante ruta. Así desaparecieron las mayores dificultades, ya que ahora se trataría de rodar por magnífica carretera, la que sólo en trechos inconclusos, sería abandonada.

Se siguieron haciendo todas las detenciones necesarias para obtener muestras de la fauna y de la flora, con resultados bastante magros, ya que proseguía la zona de intenso cultivo. Pasé por Tortugas y ya en la provincia de Córdoba, por General Roca, Leones, Marcos Juárez, San Marcos, Monte

Leña. Antes de llegar a Bell Ville nos encontramos con el primer montecito de algarrobos y talas, espinillos y piquillines.

En Bell Ville hubo que dejar la carretera, a la que se vuelve más adelante, y ese mal trecho tiene la virtud de permitir apreciar más que ninguno, la estupenda obra que significa esa gran ruta nacional. Camino con una espesa capa de polvo impalpable, suspendida de continuo en el aire por el ir y venir de vehículos, mucho dice de las dificultades y molestias con que se debía tropezar en épocas muy recientes.

Al anochecer llegué a Villa María, la importante población cordobesa y al día siguiente desde ahí reemprendí la marcha, desviándome de la carretera las veces que fué necesario para alcanzar alguna laguna. Y así lentamente llegué a la ciudad de Córdoba, desde donde proyectaba realizar algunas excursiones radiales.

Un par de días debí detenerme para las necesarias reparaciones del automóvil, cumplido con lo cual, recorrí la sierra Chica hasta donde lo permitieron los caminos, siempre recolectando todo material que pudiera interesar al Museo. Finalmente emprendí una excursión hasta Río IV, pues varias lagunas de esa zona me atraían muy especialmente. Después de pasar por Alta Gracia y hacia el sur por el valle de Calamuchita, fuí dejando atrás Los Reartes, Santa Rosa hasta alcanzar Río III, precisamente en la magnífica obra que representa su dique. Genuina obra nacional, que beneficia a una extensa zona, llena de admiración a quien llega hasta ella. Se tomaron muestras de las aguas del lago, pero su plancton resultó muy pobre, quizá por ser aún muy reciente el embalse.

Después de haber reunido el material que me interesaba de esa zona del sur de Córdoba, volví hacia la ciudad, desde donde emprendí el regreso, recorriendo en su totalidad el camino pavimentado hasta Buenos Aires.

Ya en La Plata fué ordenado el material recogido y entregado a los departamentos respectivos, que lo fueron los de Zoología Vertebrados y Botánica. Para el departamento a mi cargo el beneficio de este viaje y expresado en pocas palabras, se tradujo en la recolección de 1190 insectos, 215 arácnidos y miriápodos, varios centenares de moluscos terrestres y de agua dulce, y 75 muestras del plancton de agua dulce, que en su oportunidad serán estudiados.

Para terminar diré que se vieron ampliamente realizados los objetivos que se habían perseguido con esta excursión.